

VIII.

Si la venganza de Matilde se hubiese reducido á separar para siempre á Elda y á Fernando, su satisfaccion no hubiera sido completa. Necesitaba algo más todavía: interponerse como una sombra para nublar el cielo de Elda, toda vez que viese brillar en él un astro precursor de la felicidad.

Matilde, os lo he repetido, no era una mujer de talento, pero había nacido para las grandes pasiones, y necesitaba emplear las horas de la vida, no en amoríos vulgares, sino en luchas terribles.

Necesitaba Matilde hacer una nueva víctima.

Cuando las mujeres reconocen que no poseen una belleza tal que pueda causar sacrificios, emplean entónces alguno de los muchos recursos que la naturaleza les proporcionó, y encuentran siempre el modo de satisfacer ese deseo, innato en ellas, de hacer el mal.

Perdonad tan ruda franqueza: yo creo que mientras la mujer no se trasfigura al ser madre, obedece á una voz interior, á una fuerza que la impele á sacrificar al hombre.

Para la mujer es mas grato saber que por ella sufre álguien y no que alguno se cree venturoso con su cariño.

Aun las mujeres vulgares tienen arbitrios de que valerse para atraer y engañar á los hombres de talento; y la mayor parte de sus acciones no tiene otro objeto más que mostrar á las de su mismo sexo sus glorias, sus conquistas.

Las más de las veces, mientras el hombre está creyendo que es amado, no le sirve á la mujer sino para decir á la sociedad: "Tambien yo hago víctimas."

El poeta estaba condenado de antemano por Matilde; ella lo sentía; pero sin sacrificarlo, su venganza no habría quedado completa.

—¿Sabe vd. que le compadezco? le dijo una tarde con aparente ingenuidad. Se ha enamorado vd. de Elda con toda su alma, y tiene que sufrir mucho, antes de alcanzar su correspondencia. Elda es una beldad que no ignora que lo es, y á quien no llaman la atención las mas fervorosas protestas y declaraciones. Los versos de vd. le parecen frios, y, ó yo me equivoco, ó tendrá vd. que esperar mucho, mucho más de lo que vd. pudiera haber imaginado.

Aquellas palabras, en la boca de la mas íntima de las amigas de Elda, fuéron gotas de hiel vertidas en el corazón del poeta. Sin embargo, apuró el cáliz y no apagó la antorcha de la fé.

—¿Creerás, Elda, que á medida que voy tratando al poeta vá perdiendo en mi concepto? Yo me imaginaba que su conversacion seria muy amena; que en cada visita

escucharíamos una leyenda, ó que cuando ménos haria ménos monótonas nuestras reuniones. Pero nada de eso; su carácter es demasiado reservado; casi siempre está triste, y habla poco. Me parece que no hay entre él y un maniático gran distancia. Hace muchas noches me juró, por su honor, que aun cuando se muriese de pasión por una jóven, si ésta se hacia rogar, se alejaria de ella. ¿Le has correspondido ya? Si no lo has hecho, pónle á prueba; si le pierdes, no tienes por qué desconsolarte. Poetas sobran en México, y los poetas audan en pos de las que, como tú, pueden ser las heroínas de sus poemas y romances.

¡Cuánto mal hicieron estas palabras á Elda y á su amante!

Predisuestos los ánimos, ya no era posible entenderse.

El poeta creía vanidosa á Elda, y no queria arrostrar sus desdenes.

Elda consideraba que el poeta no era el hombre que había soñado, y le juzgaba frio é incapaz de sentir por ella una pasión ve-

hemente que hiciera célebres aquellos amores.

Un día, despues de haber vacilado mucho, declaró el poeta su pasion á Elda; pero como amaba de veras, como le asaltaba el temor de ser menospreciado, sus palabras no produjeron el efecto que necesitaban producir.

Para una mujer de talento que no estuviese extraviado como ya lo estaba el de Elda, la torpeza misma del poeta hubiera sido su mejor recomendacion.

Habia en aquellas frases entrecortadas, en aquella frente encendida, en aquellos ojos impregnados de amor, algo que revelaba una pasion infinita, una esperanza hermosa, un ruego fervoroso.

Sin embargo, Elda solo tuvo estas palabras para responder á su amante:

—Me ha sorprendido la declaracion de vd.; jamás la habria esperado. Me pide vd. que le diga lo que siento, y yo no siento nada ahora. Tal vez pasando el tiempo llegue á sentir algo por vd. Así, deje vd. trascurrir un año; en él comprenderé si su amor no es

una ilusion pasajera, y si he sentido ya nacer en mi corazon el amor que vd. solicita, se lo diré con franqueza.

Inútiles fueron todos los ruegos. Elda, que mas bien parecia una dama del gran mundo, y no una jóven de quince años, repitió muchas veces al poeta:

—Espere vd. un año, si es que me ama.

CAPITULO ALFONCINA

do ese tormento que no tiene nombre, fácil os será comprender cuán grande y cuán profundo fué el dolor que el poeta experimentó. Y si agregais á todo eso que para los poetas hay un mundo imaginario que pretende realizar, y que acrecenta sus sufrimientos porque todo lo revisten de un ropaje encantador, y en su pensamiento no hay mas que ilusiones, y esperanzas en su corazon, entónces no encontrareis palabra para calificar la crueldad de la mujer que destroza así tantas flores, que marchita tantas esperanzas, y que entrega al dolor á una alma que no ha cometido otro delito que rendirle una adoracion pura y ferviente.

Y si Elda hubiese amado al poeta, con su talento ella, con su imaginacion él, y con la ternura que rebosaba su alma, hubieran hecho de la vida un paraíso. Pero Matilde habia puesto entre los dos una valla funesta.

Habia despertado, el orgullo, la vanidad de la mujer hermosa, y habia herido la fibra más delicada del corazon del poeta.

El hubiera dado su existencia por el amor

Soñar que ha encontrado uno en el mundo una alma compañera; forjar ilusiones halagadoras, y despertar de un sueño tan hermoso, y ver desvanecerse como un celaje todas las esperanzas concebidas. ¡Ah! si habeis delirado con el amor de una mujer que ha encendido en vuestro pecho el fuego de una pasion abrasadora, y cuando mas ventura os prometiais, cuando vuestro cielo ostentaba mas luz y mas brillantes colores, una sola palabra de esa mujer nubla para siempre los horizontes que se extendian á vuestra vista, y derrama en vuestro corazon la amargura del desengaño; si habeis sufri-

de Elda; la adoraba, no solo porque era una criatura angélica, sino porque al tratarla había comprendido que en ella existía un tesoro; por su virtud y por su inteligencia; pero aquel amor tenía un límite.

El poeta estaba resuelto al sacrificio, pero no á la humillacion.

No quiero presentaros en toda su horrible realidad la conducta de Matilde, para quien la venganza es el más dulce de los placeres. Nada excusó para destruir la felicidad de su amiga, y cuando escuchó de Elda primero, y luego del poeta, lo que llevo referido, gran esfuerzo tuvo que hacer para disimular la inmensa satisfaccion que experimentaba su alma.

Sin embargo, el poeta siguió adorando en secreto á Elda. Aun brillaba para él un rayo de esperanza, y le alimentaba la fé que tenía en el porvenir; porque para él era un dogma aquel pensamiento de Víctor Hugo: *nadie cuenta con lo inesperado.*

Un dia, una noticia verdaderamente triste vino á reanimar las esperanzas del amante

de Elda. Era el mes de Enero del año de 1872. México entero estaba consternado porque las viruelas estaban haciendo estragos en la poblacion.

Elda fué atacada por la terrible enfermedad, y su vida estuvo en grave peligro.

“Será del cielo ó mia,” se dijo el poeta, y un bálsamo de consuelo parecia haberse derramado sobre su corazon enfermo.

Triunfó la ciencia, Elda no murió.

Figuráos la profunda tristeza que invadió su corazon al verse por vez primera ante un espejo, al entrar en convalecencia.

Elda no pudo contener el torrente de lágrimas que inundó sus ojos.

¡Pensó tantas cosas! ¡hizo tantas reflexiones!

Aquel llanto la regeneró.

Cruzó por su pensamiento la idea de que hay algo más hermoso que un cutis terso, y que aun existen hombres para quienes las dotes del alma valen mucho más que las del cuerpo. Entonces pensó en ser buena, y se horrorizó de haberse embriagado con el hu-

mo de la lisonja, y se avergonzó de haber dado cabida en su corazón al orgullo y la presunción.

La indiferencia de Matilde durante la enfermedad de Elda, rompió los lazos de aquella amistad.

El poeta volvió á rogar á Elda.

—La amaba á vd., le dije, cuando todos la proclamaban la reina de la hermosura, como la amo ahora que lleva las huellas de la terrible enfermedad que ha sufrido. Yo busco una alma, Elda, la mía pertenece á vd. ¡Seamos felices!

Ante esa abnegación, ante una prueba semejante, era imposible que Elda dudase de la pasión del poeta.

Las leyes del destino son irrevocables. Llega un día en que tienen que buscarse y unirse para siempre dos seres que han nacido el uno para el otro.

El cielo reservaba todavía mayor dicha á aquellos amantes.

Con el trascurso del tiempo han desaparecido del todo las huellas de las viruelas en

el rostro de Elda. Ha recobrado todo el esplendor de su belleza, y su alma enamorada, tierna, funda toda su felicidad en el amor del poeta.

Se amán..... ¡dichosos mil veces! ¡Es tan hermoso el amor!

No pasará mucho tiempo sin que los que hoy son los amantes mas cariñosos, construyan una nueva familia, disfrutando las delicias de un hogar iluminado por el amor y bendecido por el cielo.

X.

Matilde, la vengativa Matilde, en su despecho, se conforma con murmurar. Su triunfo fué tan efímero como ha sido tremendo su castigo. Es una coqueta. Todos le temen, y se vé reducida á la condicion de novia de los pollos que se enseñan á calaveras con los despojos de los que ya lo son.

¿Podia el cielo haberle enviado castigo mas grande?

Las malas pasiones rara vez quedan sin castigo.

LUISA.

A FRANCISCO DE P. GONZALEZ.

I.

—Créame vd., Luisa, la amo á vd. con toda mi alma, y la amaré mientras.....

—¿Mientras viva?

—Luisa, yo no sé mentir: la amaré á vd. mientras pueda amarla, mientras pueda hacerlo.

—¿Mientras pueda? Quiere decir que vd. desconfia de sí mismo.